

HISTORIA DEL GRUPO - III

Marcel Légaut
(Lioux, Vaucluse, julio 1962)

4. DE JUNIO DE 1926 (MUERTE DE M. PORTAL) A 1933

1. M. Portal murió el 19 de junio 1926 y, durante el mes de agosto, teníamos que haber tenido otros dos retiros con él en Chambéry. Dos retiros porque considerábamos que no teníamos que ser demasiados en estas reuniones, y además, porque queríamos hacer, por un lado, un retiro con los Normalistas que participaban en la vida comunitaria que teníamos en la Escuela y, por otro lado, un retiro con los camaradas de Saint-Cloud.

Acordaos que todos los domingos del curso 1925-1926 fui a la Escuela de Saint-Cloud. Coeurdevey ya no estaba y, como no podía hacer las reuniones en una habitación de la Escuela, alquilé un salón-comedor por Saint-Cloud donde me hacía pasar por profesor de español –en vista de cómo sonaba mi apellido– y esto me permitía continuar las reuniones sin despertar demasiadas sospechas del Supervisor general de Saint-Cloud quien, sin embargo, se daba cuenta de que había algo jesuítico en todo aquello aunque nunca llegó a identificar de qué se trataba. El Supervisor tuvo alguna conversación solemne con algunos, como por ejemplo con un joven como Dommer, que luego fue dominico y que murió en la guerra, y también con Galichet, que también le inquietaba, aunque pronto se calmó porque Galichet tenía novia y el

Supervisor estaba convencido de que, una vez que se casara, lo místico empezaría a disminuir.

Puedo daros algunos nombres de los que asistieron a los dos retiros. En el de los Normaliens de la calle de Ulm seguro que estaban Martel, Guérard des Lauriers, Pierre Péguy y Tiberge. Habría otros, ciertamente, los estoy viendo, pero no recuerdo sus nombres. El predicador del retiro fue un amigo de M. Portal, a quien éste había conocido un año antes en el Seminario mayor de Chambéry. Era el abbé Combas, que murió al año siguiente. Combas era un hombre por el que sentíamos una gran simpatía, y su muerte también fue una pérdida, no como la de M. Portal pero, en fin, era un apoyo eclesialístico que perdíamos.

En el segundo retiro, el de Saint-Cloud... estaban Coeurdevey, Chapelle y Rosset. Fue entonces cuando Rosset entró a formar parte del grupo y recuerdo esta anécdota: Rosset no tenían ganas de ir; pero le impresionó saber que Tiberge iba a asistir. Por eso, y sin que Tiberge fuera consciente de ello (porque seguro que Tiberge no le dijo nada en este sentido), Rosset decidió asistir también y dicho retiro, evidentemente, fue muy importante para él y orientó su existencia.

Este segundo retiro creo que lo predicó Garrone, el actual arzobispo de Toulouse, si bien no estoy del todo seguro ⁽¹⁾. Pero, si no predicó este retiro, sí que predicó el siguiente. Tal era la situación en aquel momento. Tras el retiro, Guérard del Lauriers se fue a los Dominicos; Martel, a la «Fundación Thiers»; Perret estaba en segundo año en la Escuela Normal y Dubreuil en tercero.

2. Las dificultades empezaron a acumularse; fueron dificultades debidas al hecho de que el Padre ya no estaba para

⁽¹⁾ Ver, sobre Garrone: *Patience et passion d'un croyant*, 1976, p. 41-2; *CdDiápora* 25, Madrid, AML, 2013, p. 46.

dar seguridad a los camaradas. Mientras M. Portal estuvo con nosotros (ya fuera con nosotros o a nuestro lado, como cuando nos reuníamos sin él para hacer nuestras meditaciones sobre el Evangelio) nadie se cuestionó nada. Pero, en cuanto desapareció, la influencia sociológica empezó a pesar en los camaradas y algunos empezaron a inquietarse. Me acuerdo de Pierre Péguy que, un día, después de la meditación, me dijo: « — Escucha Légaut, tú serás un gran santo o un gran herético». Fijaos en el término de «gran herético»... Significa que Péguy empezaba a inquietarse. Perret mismo, inquieto también por su parte, preguntaba a su director (pues en aquel momento lo tenía): « — ¿Puedo seguir acudiendo a esas reuniones?». Su director tuvo la sabiduría de no comprometerse demasiado y le dijo: « — Bueno, continúe». El resultado fue que siguió conmigo. Pero no cabe duda de que este estado latente de crisis, debido a la desaparición de la presencia de M. Portal, hizo que la gente empezara a dudar del camino en el que él los había introducido.

Por otro lado, retomamos el proyecto de un apartamento tal como lo habíamos concebido con M. Portal. Al faltar él, buscarlo fue incluso más urgente: había que encontrar un lugar de reunión para el grupo Tala. A falta del salón de la calle Grenelle, el grupo Tala se reunía en la sacristía de Saint-Jacques-du-Haut-Pas, cuyo sacerdote era entonces Beaussart⁽²⁾. Monseñor Beaussart era un conferenciante bastante asiduo del grupo Tala después de la muerte de M. Portal. Pero una sacristía, pese a toda su santificación, no era un espacio que ayudara al clima fraternal como la habitación de una vivienda. El grupo Tala no estaba a gusto allí y enseñada lo comprendí. Por eso busqué un apartamento con Perret. Por otra parte, M. Portal tenía una biblioteca impor-

(²) Ver un artículo de Dominique LERCH, sobre Mgr. Beaussart, en la web M. Légaut francesa: <https://www.marcel-legaut.org/histoire/biographies/285-mgr-henri-roger-marie-beaussart-1879-1952-et-ses-paroisses>

tante, centrada en la reunión de las Iglesias, y Mme. Gallice (que era la persona más realmente vinculada con M. Portal y con todas sus obras) deseaba absolutamente que se fundara una asociación civil a la que adjudicar la biblioteca para que ésta se preservara. Había que buscar, pues, un lugar donde depositarla. Por otro lado, por mi parte, la habitación del n° 20 de la calle Lacépède era un comienzo pero un comienzo de algo más importante porque yo quería vivir, en cierto modo, con un equipo de camaradas, tal como hacía en la Escuela cuando era agregado-preparador. Por eso tenía que encontrar un piso.

Estas tres razones hicieron que buscáramos un apartamento y así llegamos a la posibilidad de alquilar el n° 11 de la calle Geoffroy-Saint-Hilaire, un apartamento de seis habitaciones, ubicado en la primera planta porque debajo, en la planta baja, había un establo para caballos lastimados que allí estiraban la pata cordial y ruidosamente...

3. Así fue como nos instalamos en la calle Geoffroy-Saint-Hilaire el 1° de octubre 1926. Lo que ahora os voy a contar sucede entre 1926 y 1932. Después vendrá la sección 1932-1933 de la que os hablaré más adelante.

El apartamento era muy caro y yo no lo hubiera podido pagar. Era agregado en Évreux, ganaba 11.000 francos al año y el alquiler costaba 10.000. Por suerte, Mme Gallice lo financió y esto nos permitió algo que no hubiéramos podido hacer sin ella. Teníamos la reunión semanal del grupo Tala y Beaussart venía al principio. Pero enseguida hubo dificultades y fue el abbé Hemmer, sacerdote en la Trinidad, quien lo reemplazó.

En este apartamento estaba la biblioteca de la Asociación Fernand Portal y, además —y esto es lo más importante a mi modo de ver— todos los jueves y domingos empezamos a tener

nuestras reuniones. Aquello fue la prolongación de lo que hacíamos en la calle Lacépède y también cuando estuve en la Escuela, pero ahora lo hacíamos con más amplitud, con una dimensión más importante en relación con lo que habíamos hecho antes. Fue cuando hicimos, todos los jueves y todos los domingos, meditación y círculo de estudios, con una orientación parecida a la que habíamos seguido antes de entonces.

4. Entonces fue cuando apareció Gaudefroy; el abbé Gaudefroy, que vivía de pensión en casa de M. Portal y con quien nos cruzábamos allí, de forma extremadamente discreta, fumando un cigarrillo después de comer, antes de marcharse. Lo conocíamos muy poco... pero fue entonces, creo yo, cuando tomé la iniciativa de pedirle que viniera con nosotros. Y así llegó Gaudefroy ⁽³⁾.

También coincidió con que, en ese momento, apareció Teilhard, que me conocía bastante porque M. Portal me había puesto en contacto con él en vista de que mis ideas iban en la misma dirección de lo que Teilhard soñaba sobre un equipo científico. Y Teilhard nos envió a d'Ouince, que fue entonces cuando apareció en la calle Geoffroy-Saint-Hilaire ⁽⁴⁾.

⁽³⁾ Sobre el abate Gaudefroy, así como sobre Pierre Voirin y sobre Édouard Coeurdevey, ver: Dominique LERCH, "Los miembros del Grupo Légaut (1925-2025)", *Cuadernos de la Diáspora* 30, Madrid, AML, 2018.

⁽⁴⁾ El padre René d'Ouince fue amigo de M. Légaut desde finales de los años 20, fue el artífice del encuentro del grupo en Montmartre en 1945 y siempre animó a Légaut a escribir. Légaut lo cita tres veces en su primer texto autobiográfico:

«El Padre Teilhard introdujo al Padre d'Ouince en el grupo, hacia 1928. Junto al abbé Gaudefroy, que vivía en la calle de Grenelle en tiempos de Portal, el Padre d'Ouince es el sacerdote que nos ha acompañado con más regularidad, y el que nos ha apoyado más, a lo largo de más de cuarenta años. A mí, personalmente, me animó mucho. Acudía a las reuniones del grupo casi cada domingo. Era un hombre de cultura y de tradición. Discreto, silencioso pero fiel y estable en sus compromisos. Fuera de M. Portal, el Padre d'Ouince era el sacerdote que yo sentía más cercano. La notable acogida de mis libros, en 1970 y 1971, le alegró muchísimo. Había

No os diré gran cosa acerca de nuestras actividades intelectuales. Sin embargo, fue entonces cuando empezamos a publicar nuestras meditaciones dado que nuestra influencia empezaba a extenderse hacia el exterior. Redactábamos una meditación cada semana; en general, sobre la misa del día, una misa «propia» o una de Feria, y la enviábamos a los camaradas a los que les podían interesar; en principio a los que habían pasado por el grupo y que estaban en provincias; en general, profesores de la Escuela Primaria Superior o de la Escuela Normal. También las enviábamos a algunos profesores que habíamos empezado a conocer. De manera que, poco a poco, a lo largo de los años, este servicio de publicaciones fue tomando gran importancia ya que, en definitiva, hacia 1930-1931, enviábamos 1500 meditaciones a la semana por Francia y parte de Navarra ⁽⁵⁾. Llegaban a todas partes, a las escuelas normales, a los despachos de los inspectores de primaria, a todas partes... y también a las mesas de los sacerdotes.

Esta actividad era considerable pues había que redactar una meditación por semana que no era pequeña y que, ade-

apoyado su largo alumbramiento y murió al poco de su aparición» (*Patience et passion d'un croyant*, 1976, p. 14, *CdDiápora* 25, Madrid, AML, 2013, p. 22).

«El Padre d'Ouince, amigo de Teilhard, director de los *Études* durante mucho tiempo, y que tuvo gran influencia sobre mí —una influencia continua, de aliento, sin ningún tipo de directividad—...» (Op. cit. p. 23, *CdDiápora* 25, p. 30).

«Esto no quita que, pese a las diferencias, que quizá son contraposiciones, el encuentro con Teilhard fue realmente capital para mí, igual que lo fueron el encuentro con Monsieur Portal y con el padre d'Ouince (este último lo fue de forma menos precisa pero no por ello menos real)» (Op. cit. p. 31, *CdDiápora* 25, p. 37). — Ver un artículo biográfico de Dominique LERCH sobre el P. D'Ouince en: <https://www.marcel-legaut.org/histoire/biographies/282-lepere-rene-d-ouince-vendome-2-aout-1896-paris-21-decembre-1973>

⁽⁵⁾ Légaut usa una expresión de hace más de trescientos años, que alude a la Baja Navarra francesa, en torno a Saint-Jean-Pied-de-Port. Esta expresión significa, irónicamente, que las meditaciones del grupo llegaban hasta el último rincón de Francia. La expresión se remonta al fallecimiento, en 1584, de Enrique III de Francia. Su heredero inmediato, que tenía que ser

más, había que poner en un interlineado reducido para que cupiera en dos hojas. Sin embargo, esto no nos parecía suficiente porque teníamos el dinamismo de la juventud. Entonces hicimos unos topos más importantes, más extensos. Fue cuando hicimos algunas publicaciones sobre Bérulle, sobre Newman, sobre Gratry, sobre Teilhard (por ejemplo, teníamos una edición expurgada del Medio Divino de Teilhard), sobre el padre Racine, un padre jesuita que nos trajo d'Ouince y que enseguida se fue a la India pero que antes nos dio unas conferencias muy interesantes. Por consiguiente, tuvimos una gran difusión; una difusión de la que os debo hablar no sólo porque fue una característica de la época sino porque preparó todas las crisis que íbamos a encontrar a continuación.

5. Por otra parte, yo no olvidaba la actividad propiamente científica porque, en definitiva, todo esto no iba en la dirección propia de un matemático embutido en sus libros. Con Dubreuil en concreto, yo colaboraba científicamente –bueno, al menos, lo admito, intentaba colaborar científicamente. Luego os explicaré cómo fracasó esto...

Aparte de todo, bajo el impulso de M. Hemmer, sacerdote de la Trinidad, quisimos publicar una vida de M. Portal. Entonces, con Perret y Martel (sobre todo ellos dos porque yo era científico), tratamos de elaborar los primeros capítulos de su vida. El libro apareció unos quince años después, en con-

varón y católico, fue Enrique III de la Baja Navarra quien, al acceder al trono en 1589 con el nombre de Enrique IV, reunió ambos reinos. Pero la Baja Navarra no pasó a ser Francia hasta 1790, tras la abolición de la realeza. De Enrique IV es la frase de que “París bien vale una misa” pues, para heredar el trono, tuvo que dejar el protestantismo y convertirse al catolicismo. Enrique fue quien firmó el Edicto de Nantes en 1598, por el cual autorizó la libertad de conciencia y puso fin a las Guerras de religión que habían asolado el siglo XVI y cuyo punto culminante fue la Matanza de san Bartolomé, en 1572. (N. del E. tras consultar con G. Louismet)

diciones bastante deplorables porque M. Hemmer, que era un santo barón, siempre tuvo miedo de turbar la paz de la Iglesia con libros revolucionarios (él, ciertamente, no era muy revolucionario). De manera que, después de la guerra y después de la muerte de M. Hemmer, publicamos el libro pero en unas condiciones tan mediocres que resultó un producto tan mal hecho que no tuvo la influencia espiritual que hubiera podido tener de haberlo elaborado con tiempo y en mejores condiciones ⁽⁶⁾.

Mi actividad científica con Dubreuil, la verdad, me dejaba sin aliento. Comprenderéis que todas aquellas actividades paralelas me impedían seguir teniendo una actividad científica propiamente dicha. Digámoslo sencillamente: fui investigador hasta que entré en la Enseñanza superior. En cuanto empecé con la Enseñanza superior, dado el tiempo que me cogían los viajes, y no sólo el de París-Nancy sino el de los viajes para ir a ver a tal maestro o tal grupo de Normalistas, más la preparación de las meditaciones, de los topos etc., era físicamente imposible llevar dos vidas tan diferentes y tan agotadoras ambas. El resultado fue que la actividad científica que compartí con Dubreuil fue casi nula. Rápidamente se saldó con un fracaso y ésta fue una de las razones por las que Dubreuil dejó pronto el grupo ⁽⁷⁾.

Una colaboración muy real e indudablemente mucho más llevadera para mí fue la que tuve con Perret y con Martel sobre la vida de M. Portal; actividad en la que, como científico, tuve mucha menos importancia pues, más bien, era cuestión de comunicarles mis impresiones, que hacían que ellos corrigieran el texto.

⁽⁶⁾ AA. VV. (Ed. Hyppolite Hemmer), *Monsieur Portal, prêtre de la Mission* (1855-1926), París, Bloud et Gay, 1947. Pese al juicio negativo de Légaut, el libro sigue siendo muy interesante para conocer a M. Portal.

⁽⁷⁾La amistad con Dubreuil debió de continuar pues luego, en 1940, Légaut permutó su plaza en Rennes con la plaza de la mujer de Dubreuil, en Lyon.

El resto, ya lo sabéis: visitas a grupos en provincias, a los maestros en sus destinos, retiros en Navidad, en los alrededores de París, las vacaciones de verano en las casas donde habíamos estado antes de morir Portal, como el Seminario menor de Chambéry sobre todo.

6. Y he aquí que, poco a poco, al ir desarrollándose el grupo, empiezan a aparecer las dificultades. Hasta la fecha había conseguido navegar lo bastante adelante como para no necesitar un capellán. Yo me iba desarrollando poco a poco al amparo del grupo Tala, que tenía uno. Nuestra influencia era grande, ciertamente, incluso demasiado grande porque, en aquel momento, se la combatía pero, en cierta manera, conseguí no tener nunca otro capellán fuera de M. Portal. M. Hemmer era un hombre sencillo que tenía completa confianza en mí y, en definitiva, por ese lado, las inquietudes que pudimos tener al principio, tras la muerte de M. Portal, no cuajaron. En cambio, otras dificultades sí que se presentaron.

Primera dificultad: algunos de nosotros, algunos jóvenes que estaban con nosotros y que estaban en edad de casarse se casaron y desaparecieron. Su matrimonio fue la ocasión para marcharse. Me di cuenta enseguida de lo que pasaba y me dije: « — Si nuestro grupo tiene que continuar, tenemos que mantener el contacto» (y ya veis que ya no era en absoluto el equipo científico del comienzo, un grupo de tipo monástico, es decir, muy religioso, orientado por completo hacia la vida interior mucho más que hacia una acción exterior, social o política, y cuyo propósito era conducir, a cada uno de nosotros, desde el punto inicial, en el que nos habíamos encontrado, hasta el punto final, es decir, hasta la muerte). No éramos un grupo de jóvenes que sólo quiere estar unido mientras se es joven. Éramos un grupo de jóvenes que pretendían envejecer juntos. Matrimonio: desaparición de los jóvenes, una dificultad.

Por otro lado, otros camaradas, que ya se habían casado, venían al grupo. Uno, que estaba en el grupo y que desapareció durante un tiempo y que luego volvió, fue Briquet. Otro fue Barbazanges, que se había casado y que venía al grupo pese a las objeciones de su mujer. Probablemente hubo otros pero ya no me acuerdo...

Por lo tanto, decidimos abrirnos a las familias. Y, decisión importante: acordamos que teníamos que introducir una familia en la calle Geoffroy-Saint-Hilaire. Evidentemente, a la Sra. Dedreux no le gustó esta combinación y reaccionó en contra. Pero era nuestra voluntad, queríamos una familia. Entonces pensamos en R. Masson, que había entrado en el grupo y que estaba casado y era del tipo de Barbazanges; no quiero decir que su primera mujer se opusiera a su presencia en el grupo pero, en fin, Masson estaba casado y pensamos en la familia Masson para mantener la casa. Pero justo entonces la Sra. Masson falleció y el proyecto que teníamos se fue al traste, por así decir.

Así pues, nos encontramos de nuevo en la misma situación, con la Sra. Dedreux. Entonces dijimos: « — Ya que no encontramos una familia y ya que los jóvenes se casan y se van, hay que incluir chicas jóvenes en el grupo; chicas con el mismo espíritu, de forma que ellas y ellos se casen entre sí y así, juntos, conservarán el mismo espíritu y, por consiguiente, permanecerán en el grupo...».

Abrir el grupo a las chicas supuso una decisión mucho más revolucionaria que la de introducir una familia. Contactamos con las Sèvriennes, con las Fontenaisiennes ⁽⁶⁾, con la Enseñanza primaria y también con algunas maestras de París y de otros lugares. Mientras, la importancia de nues-

⁽⁶⁾ Procedentes de la Escuela Normal de Sèvres y de Fontenay-aux-Roses: el « Saint-Cloud femenino» donde se formaban las maestras de primaria, desde 1880 hasta 1985.

tra influencia crecía, sobre todo por las 1500 meditaciones que se distribuían por todas partes y llegaban a todos los rincones. Aparte de esto, empezamos a frecuentar las Jornadas universitarias donde la verdad es que estuvimos más implicados que cualquier otro grupo. Si mal no recuerdo, en las jornadas universitarias, Perret y yo siempre llevábamos un cuaderno donde apuntábamos: Srta. Tal (15 ejemplares), Sr. Tal (20 ejemplares)... Una verdadera historia.

Me acuerdo que la cima de nuestra influencia en los medios universitarios fue en las jornadas de Dijon. Tuve que hacer un topo para los jóvenes porque en ese momento había una jornada dedicada a los jóvenes. Redacté un topo para los jóvenes (pero no era yo el que debía hacerlo porque se lo habían pedido a una maestra). La maestra me dijo: « — Hazlo tú». Por tanto, hice el topo y, cuando ella lo leyó, me dijo: « — No lo puedo leer, es demasiado juvenil para mí». Así que fui yo quien lo leyó.

Por otro lado, Pons era el que hacía el otro topo. Pero Pons nos había dicho: « — No sé hacer topos, hacedlo vosotros». Así que hice el topo con Perret ⁽⁹⁾. Cuando llegamos a Dijon, aún no lo habíamos terminado. Pons me llevó a una habitación y terminé su topo utilizando una meditación escrita recientemente (suerte que la recordaba); así pude terminar lo de Pons con bastante facilidad. Digo esto para que veáis la

⁽⁹⁾ Roger Pons (1905-1961) fue normalista, compañero de J. Perret, y miembro del grupo Tala. Biógrafo de A. Martel. Presidió la Parroquia Universitaria de 1945 a 1955. Profesor de Literatura en Secundaria y en la Preparación del Ingreso a la Normal, luego fue, en 1955, Inspector general de la Instrucción pública francesa. J. Perret escribió un artículo titulado: «Roger Pons, mon ami» en el libro en donde el propio Perret reunió textos del autor y de otros amigos en su honor: *Roger Pons, Un chrétien au service de l'Enseignement public*, París, Cerf, 1963 (ver: p. 273-300). Para su biografía, ver *Op. cit.* p. 6-25. También escribió J. Perret una semblanza sobre su amigo en: Roger PONS, *El amor, ese largo camino*, Madrid, Euroamérica, 1965, p. 15-22.

influencia que teníamos en aquel momento, demasiado importante para que se tolerara bien y por eso empezamos a recibir bastonazos.

7. Entonces fue cuando Dubreuil, agregado-preparador de la Escuela, se casó con una Normalista matemática. Entonces ya se admitían algunas chicas en la Escuela de los chicos. Ya os hablaré luego del retiro que hicimos en Aix-les-Bains (ya no en Chambéry)... Pero Dubreuil me dijo « — No puedo continuar así. Me voy».

Por su parte, estaba Martel (os tengo que hablar un poco de Martel). Martel había venido al grupo a través de M. Portal. Martel vivía en Geoffroy-Saint-Hilaire tras marcharse de la Fundación Thiers, donde hizo su tesis. Lo nombraron profesor de eslavo en Lille y venía a París regularmente, cada semana, y, aunque trabajaba en Lille, vivía con nosotros en gran parte. Su actividad estaba muy imbricada y fundida con la nuestra pero tenía otras actividades suyas personales, centradas en otro plano, orientadas a otros horizontes diferentes de los del grupo.

Fue entonces cuando Garric (que estaba entonces en la Fundación Thiers) invitó a Martel a conocer los Equipos sociales que él había iniciado ⁽¹⁰⁾. Por su lado, Deffontaines, que también estaba en la Fundación Thiers, era amigo íntimo de Martel también. Martel tenía relación, además, con un grupo de muchachas, enfermas, Marguerite Rivard y Madeleine..., que tuvieron una influencia enorme sobre él, igual que él sobre ellas. De manera que Martel estaba dentro y fuera de nuestro grupo dadas las actividades que tenía.

Yo luchaba contra las tendencias de Martel porque, al estar en el eje del grupo que yo quería fundar, Martel, sin

⁽¹⁰⁾Sobre la relación de M. Portal con Garric y Martel, ver: Régis Ladous, *Monsieur Portal et les siens*, París, Cerf, 1985.

duda, era un elemento un tanto heterogéneo aunque éramos estrechamente hermanos, por supuesto. Es indudable que a Martel (aunque recibió mucho de la calle Geoffroy-Saint-Hilaire y también entregó mucho) no se le puede considerar como formando parte del grupo tal como lo habíamos constituido, tal como Dubreuil formó parte de él durante algún tiempo y tal como, posteriormente, y con más razón, lo hizo Perret. A principios de 1931, Martel dejó la calle Geoffroy, ya con los primeros síntomas de su enfermedad, y falleció en octubre o noviembre de 1931, es decir, un poco antes de que cambiáramos de la calle Geoffroy-Saint-Hilaire a la calle Galilée y un poco antes de que entráramos en Chadeaufaud, que es de lo que os voy a hablar a continuación.

8. Pero antes de continuar con esta historia, me gustaría analizar con vosotros las dificultades que teníamos en aquel momento desde el punto de vista del grupo propiamente dicho.

Las dificultades venían por dos lados: primero, no olvidéis que el grupo Tala, es decir, los normalistas, se reunían en el piso de la calle Geoffroy-Saint-Hilaire. Cada semana nos reuníamos en la biblioteca de M. Portal, como antes lo habíamos hecho en la calle de Grenelle, en el apartamento de M. Portal, bajo la dirección del abate Hemmer o de Beaussart. Mucho antes de morir, M. Portal me había dicho: « — ¡Sobre todo, no reclutéis visiblemente a nadie entre los grupos que se organicen a vuestro alrededor! Es decir, proceded siempre por contactos individuales, nunca por una propuesta general»... Y esto encerraba una gran sabiduría porque una de las grandes dificultades de una iniciativa como la que yo había tomado, sin duda bajo la iniciativa de M. Portal, era que, por el fervor mismo que nos caracterizaba frente al cristianismo auténtico que pudieran tener otros, podíamos llegar a hacer cristianos de dos niveles o de dos zonas: los cristianos del primer nivel y los cristianos del segundo nivel. Y, evidentemente, no

fueron los cristianos del primer nivel los que inventaron esto de los niveles sino los del segundo, me atrevería a decir. Así que hubo una cierta oposición, incluso en tiempos de M. Portal, que se manifestó mucho más después, a la vista de la disparidad entre los cristianos del primer nivel, que eran los que participaban en las actividades espirituales de las que os he hablado antes, y los cristianos que simplemente formaban parte del grupo Tala y que, en cierta manera, encontraban que todo lo otro era demasiado monástico y no respondía a una verdadera necesidad espiritual.

Segunda dificultad, después de la muerte de M. Portal: la llegada de jóvenes que no lo habían conocido y que además tenían ya un apostolado. Se empezaba a formar entonces la Acción católica y había grupos de formación espiritual para los candidatos de segundo año de letras (khâgneux) y para los candidatos de primero de ciencias (taupins). Por otro lado, de una u otra forma, los Equipos sociales de Garric o alguna otra forma de actividad política podía haberlos tanteado ya. Evidentemente, aparte del grupo comunista (que no era un grupo con cristianos entonces), estaba el grupo de la «Acción francesa», y había otro grupo, el de las «Juventudes patriotas», y también estaba el grupo de Marc Sangnier que, evidentemente, giraba alrededor del grupo Tala como el león que merodea en torno para tentar. Mientras estuvo M. Portal, hubo exorcismo. Pero, en cuanto faltó M. Portal, apareció Marc Sangnier. Garric, que había respetado la distancia que M. Portal le había impuesto, también reapareció, y los grupos políticos también aparecieron. El resultado, dentro del grupo, fue una dispersión que obró en contra de la profundización que era propia de nuestro grupo y del movimiento del que yo me ocupaba.

9. Otra dificultad, en fin, fue que, en aquella época, a los jóvenes como yo (pues no éramos tan viejos), ya se les consideraba como formando parte de los mayores; así, los jóvenes

que entraban se sentían más jóvenes, más protagonistas. La oposición entre las generaciones se empezó a dar. Los jóvenes se negaban en redondo a que los mayores los guiaran. Pensaban que lo que los mayores habían hecho antes no tenía ninguna importancia. Había una oposición muy neta.

Me acuerdo muy bien... Bajo forma de broma (pues la broma, en la Escuela, era el arma por excelencia para batirse porque no se peleaba a golpe de machete, como en Argelia, sino a golpe de bromas...). Me acuerdo muy bien que, en uno de los retiros en Gentilly, cuando yo todavía era agregado-preparador y estaba por completo en el grupo, los Lazaristas de la casa no nos pudieron dar habitaciones individuales porque estaban en una fase de expansión. De modo que compré unos biombos grandes que me permitieron dividir la pieza grande y así poder encontrar un poco del recogimiento de antes, cuando éramos «buenas hermanas» y estábamos separados por unas cortinas verticales. Pues bien, me acuerdo muy bien que algunos camaradas, cuyos nombres puedo dar pues el hecho no tiene nada de vergonzoso sino que sólo indica un poco hasta dónde llegaban las bromas, es decir, que tipos como Borne o como Marrou jugaban ostensiblemente al ajedrez o a las cartas, en su pequeña celda, para marcar bien claramente su independencia ante cualquier forma de «buenas hermanas» y de curas, y practicar así «la alegría de san Francisco de Asís», como ellos decían... He aquí, pues, las dificultades que encontramos por el lado del grupo Tala y que evidentemente pesaron profundamente entre nosotros.

10. Por otra parte, la extensión de las publicaciones, el contacto con los grupos locales y sobre todo con sus capellanes, más nuestra influencia en los grupos femeninos y, en fin, nuestra apertura como grupo hacia las chicas, todo esto fue ocasión de que recibiéramos muchas críticas. En especial, se decía que los topes que hacíamos no eran propiamente ecle-

siásticos. No observábamos las precauciones teológicas habituales y, en cierto sentido, por eso recibíamos incluso críticas de fondo.

Pero esto no hubiera tenido mucho alcance de no haber sido por lo demás. La levadura de las críticas hacia nosotros, lo que las disparó e hizo que nos reprocharan nuestras imprudencias de lenguaje y quizá de fondo fue, evidentemente, nuestra apertura a las chicas y la secreta y dura competencia que había entre, por un lado, los grupos juveniles de chicos que se abrían a las chicas y, por otro, los grupos sólo de chicas. Por ejemplo, hubo una competencia bastante dura entre el grupo de La Srta. Silve y el grupo Légaut, que se manifestó no tanto entre nosotros sino, mucho más, por parte de los capellanes de la Srta. Silve ⁽¹¹⁾. Por mi parte, nunca hubo ninguna competencia.

11. Nos denunciaron a la reunión de cardenales y el padre Paris nos quiso proteger. El P. Paris era capellán de las Jornadas universitarias y nos apreciaba aunque con un aprecio un tanto interesado pues éramos el grupo más vivo de todo el movimiento universitario. Además, le interesábamos mucho porque era evidente que el grupo de Saint-Cloud era la pieza clave: a través de Saint-Cloud influíamos en el reclutamiento de las Escuelas Normales, de las Escuelas primarias superiores y, por consiguiente, poco a poco, parecía que íbamos a crear una asociación de inspectores primarios y de

⁽¹¹⁾ (N. de D. Lerch) Marie Silve (1900-1976), maestra en los Alpes-de-Haute-Provence, fundó, en 1916, un movimiento católico (con reuniones en verano, como el grupo Légaut): *Las Davidées*, compuesto sobre todo por maestras, sobre todo solteras. Légaut, al no poder asistir a una de sus reuniones en el centro mariano de Laus en 1925, pidió a Jean Guitton que fuera en su lugar. Desde entonces, Guitton continuó en relación con el grupo. En 1961 escribió dos pequeños libros sobre ellas: *Les Davidées. Histoire d'un mouvement d'apostolat laïque*. 1916-1966, Paris, Casterman, 1967, y *Marie Silve et la spiritualité laïque*, Éditions du Foyer de Comminges, 1978.

directores de Escuelas normales y esto, evidentemente, era el objetivo, el «objetivo final» de Paris.

M. Paris me dijo: « — Escuche. Vamos a tratar de solucionar las cosas» y de ahí surgió la decisión de publicar, en forma de libro, algunas de las meditaciones que distribuíamos policopiadas. El libro fue Plegarias de un creyente, y su prefacio fue el de un cardenal para que así no lo metieran en el Índice pues, como sabéis, cuando un cardenal prologa un libro, éste ya no puede incluirse en el Índice. M. Paris había ido a ver al Cardenal Verdier, que también era sulpiciano, y le había explicado cómo estaban las cosas. También fui yo a ver a Verdier, le propuse escribir el prólogo, le enseñé mi libro y me dijo: « — Escuche, haga usted el prefacio, que yo no tengo tiempo...». Entonces, yo redacté un prefacio cardinalicio, que aún conservo, y se lo envié. Pero después él tuvo tiempo, leyó el libro, le gustó y escribió un prefacio más corto, de media página o de tres cuartos de página, que no tenía el esplendor del prefacio cardinalicio escrito por mí pero que, sin embargo, sí que fue un prefacio cardinalicio.

Sin embargo, M. Paris me dijo: « — Hay que hacer algo más». Porque había críticas, comprendéis, y porque escuchaba las confidencias de los capellanes, etc... Me dijo: « — Escuche, dígales que usted cree, que cree en Jesucristo, en fin, ¡dígales algo...!» Y aún me dijo más: « — Al comienzo del libro, ponga usted el Credo». No podía ser del estilo del «Credo de Nicea» y por eso, una noche, tuve una idea: escribir un credo como el de Claudel; esto lo aceptarían mejor, estaría más en la línea; por un lado, sería un credo y, por otro, estaría en la línea del libro. Y así fue como escribí la primera plegaria; la escribí de una tirada, en una noche, en la calle Geoffroy-Saint-Hilaire; así surgió la primera plegaria de Plegarias de un creyente. Y Plegarias de un creyente salió. El Cardenal Verdier firmó el prefacio el 19 de diciembre de 1932. Fue un libro que tuvo bastante éxito pero también

muchas críticas. En muchos ambientes dijeron y mantuvieron que era un libro irreformable. Pero, como lo había prologado el Cardenal, nos dejaron en paz.

12. Antes de continuar quisiera hablaros de otra actividad extremadamente importante. Sus inicios se remontan a los retiros que hicimos al principio en el Seminario menor de Chambéry y que después trasladamos a Aix-les-Bains, a una propiedad vecina de la de Mme Gallice, donde ella tenía un orfelinato de chicas. La segunda propiedad pertenecía también a Mme Gallice porque M. Portal, que tenía sus ideas, le había dicho: « — Compre usted la propiedad colindante. Tiene usted ya un orfelinato para chicas, fundemos uno para chicos y así luego los casaremos entre sí de modo que, cuando las chicas se casen, no pierdan la fe y, cuando los chicos se casen, tampoco la pierdan». Compraron, pues, una casa, la casa Saint-Vincent que, según la idea de M. Portal y de Mme Gallice, sería un orfelinato de chicos, dependiente del orfelinato de chicas que está en Corbières y así prepararían una comunidad de familias.

Pues bien, fue en este chalet, vacío en aquel momento, donde pasamos a hacer nuestros retiros porque, incluso en verano y en plenas vacaciones, el Seminario menor de Chambéry tenía clausura y con la clausura, Galichet, por ejemplo, que estaba casado, tenía que dejar a su mujer en el hotel y venir al retiro pero entonces llegaba tarde al hotel por la noche y luego, por la mañana, tenía que volver a marchar temprano y por eso estaba agotado pues no dormía lo suficiente.

Necesitábamos tener más libertad, es decir, no tener que ir a una casa religiosa ya que todas tenían clausura entonces. Por eso fuimos con frecuencia a Aix-les-Bains. Pero, al poco tiempo, la casa de Aix resultó ser demasiado pequeña. El hecho de que estuviéramos como en casa, con nuestra forma de vida comunitaria, había hecho que cada vez fuéramos

más. Pero la casa de Aix estaba cada vez más ocupada porque Mme Gallice se la había confiado a los Lazaristas a fin de que contara con un capellán y por tanto, cuando los Lazaristas ubicaron allí sus colonias de verano, tuvimos que marcharnos. Entonces fue cuando, en 1931, Perret y yo buscamos una propiedad en alquiler donde sentirnos totalmente como en casa y ser independientes.

Así empezó Chadefaud. Nuestra primera reunión en Chadefaud fue en 1931 y, como no podía ser menos, la vivimos en medio de un clima muy ferviente. Aún no éramos muchos y tuvimos un régimen de vida espiritual más intenso incluso que el de la Escuela. Perret y su hermano, Coeurdevey, ciertamente Chapelle, Rosset y muchos más, cantábamos la misa cada mañana. No recitábamos el oficio porque hacerlo implicaba tener conocimientos de latín y muchos no lo tenían. Pero de hecho, si hacemos un cálculo, según unos horarios que ya no conservo, sin exagerar, estábamos en la capilla cuatro o cinco horas al día.

13. Así pues, Chadefaud, en 1931. Había otra propiedad disponible al lado de Chadefaud y hubiera sido un pecado no alquilarla. Por tanto, en 1932, alquilamos Scourdois y así pusimos de dos «châteaux», como los llamaban por allí, es decir, dos casas bien grandes en las que, si las arreglábamos bien, cabríamos un centenar de personas. Esto respondía a dos intereses primordiales: primero, profundizar en la vida espiritual por medio de una vida comunitaria que fuera mucho más real y continua que la de París que, desdichadamente, era esporádica. El segundo objetivo era que, además, en aquel momento, teníamos muchos grupos en provincias que, en cierta manera, eran filiales del grupo de París pues los habían fundado quienes habían pasado por París; y esta gente y los grupos necesitaban reencontrarse en verano para que la unión se fortaleciera. Porque, pese a todos los topes que les enviáramos,

no era lo mismo leer los topos en provincias que vivir reuniones fraternas como las que teníamos en Chadefaud y en Scourdois. Y así termino con el período de 1932.

14. Ahora, la segunda sub-sección: 1932 - 1933.

En 1932 finalizó el contrato de alquiler de la calle Geoffroy-Saint-Hilaire, que era de 6 años. Queríamos tener familias en la comunidad y el apartamento sólo tenía seis habitaciones y, por tanto, era demasiado pequeño para nuestras reuniones. Por eso decidimos dejar la calle Geoffroy-Saint-Hilaire e ir a un pequeño chalet en el distrito 16, en la calle Galilée. Nos mudamos allí en junio de 1932.

La Sra. Dedreux no veía bien estos cambios. En primer lugar, porque se cansaba, evidentemente, y porque cuantos más éramos, más carga tenía. Y por otro lado porque me decía: « — Légaut, ¡las mujeres serán su perdición!». No veía bien que las jóvenes vinieran a un entorno como el nuestro. De manera que se fue... pero en buenas condiciones; quedamos en muy buena relación con ella, sobre todo Perret porque yo, claro, estaba lejos al pasar bastante tiempo en Rennes. Perret mantuvo una relación extremadamente filial con ella hasta su muerte, que fue no hace mucho. Murió muy mayor, hará, quizá, dos años. ¡Era una santa mujer!

La familia Picou remplazó a la Sra. Dedreux. Encontramos un matrimonio con suficiente capacidad de trabajo como para llevar la casa mejor que una mujer sola y mayor. Por otra parte, no recuerdo exactamente cuando, Marie Roptin, que ya no era joven sino bastante mayor, vino a vivir en la casa. Quizá vino a vivir más tarde... pero, en cualquier caso, os lo digo ahora; aunque pueda confundir algunas fechas, tampoco tiene gran importancia.

Por entonces estaba Voirin, que se había marchado de la Escuela Normal de Saint-Cloud para ir a una Escuela superior

de primaria en Bretaña y luego decidió renunciar a su puesto de E.P.S. (en Lamballe) para venir como maestro a París y vivir en comunidad con nosotros. Estaba Haumesser, que salía de la escuela Normal de Saint-Cloud y que quería pasar la agregación de ciencias naturales; y que vino a pasar un año en la calle Geoffroy para preparar allí su agregación, en la que quedó el primero. Estaba Berriot, de quien no recuerdo bien qué fue de él después... Pero Berriot estaba en Saint-Cloud y Marie-Louise, su futura mujer, era maestra en París y ambos vinieron a vivir con nosotros después. También estaba Masson, que vino poco después de la muerte de su mujer. Henriette Blanc, que era maestra en Tarn-et-Garonne y que solicitó un cambio y fue maestra en París. Marguerite Rossignol, que era asistente social y también vino en aquella época. Así mismo Jeanne Allibert, que más tarde se convertiría en Jeanne Perret. Poco a poco íbamos formando una comunidad gracias, justamente, a las iniciativas y a la dedicación de aquellos que perjudicaron un poco, de una u otra forma, su carrera administrativa, su carrera de profesor o de maestro para venir a París, a colaborar en una iniciativa que sentían que era extremadamente importante para ellos y para otros.

Está claro que, en la calle Geoffroy, vivimos ya una notable ampliación de las actividades intelectuales si comparamos lo que hacíamos entonces con lo que habíamos hecho antes, en otros lugares y, en particular, cuando yo vivía solo, en mi cuarto. Pero, con el cambio a la calle Galilée, este abanico se amplió aún mucho más; yo diría que lo que hicimos fue más una profundización en la espiritualidad humana que una profundización en la espiritualidad religiosa. Teilhard influyó mucho en nosotros entonces. Y también estudiábamos a muchos autores contemporáneos: Gide, Mauriac, Gabriel Marcel, Valéry, Claudel, Péguy, Bernanos y algunos otros.

Se fundaron familias: los Voirin, los Berriot, los Haumesser, los Fontaine y algunos más. Y así llegamos a la

boda de Perret. Voy a insistir mucho en esto porque éste es, diría yo, el segundo momento más importante de mi existencia, pues el primero fue la muerte de M. Portal.

15. Si estáis siguiendo bien mi topo, veréis que empezamos varios. En el equipo monástico estábamos Martel, Dubreuil, Perret y yo. Fuimos los cuatro que, al comienzo, estuvimos verdaderamente metidos de manera especial en el tema. Sin duda había otros que venían a nosotros, pero lo hacían un poco desde fuera, o incluso mucho. Incluso camaradas como Voirin no estaban del todo en nuestra misma onda en cierta forma, y la prueba es que la boda de Voirin se celebró de la forma más natural. En fin, al cabo de unos años, Dubreuil se había ido, Martel se había muerto y Perret se casaba. Fue una catástrofe para mí. Una catástrofe afortunada... afortunada porque, en definitiva, creo que fue muy importante que ocurriera; fue igual de importante que el hecho de que M. Portal muriera pronto, que partiera al poco tiempo de reunirnos porque eso nos dejó con una iniciativa que fue más completa que la que él hubiera podido dejarnos hacer gracias a su gran amplitud de miras. Fue muy importante que nos dejara rápidamente aunque, indiscutiblemente, el día que murió, pensé que todo se derrumbaba. Y el día en que Perret se casó, también creí que todo se derrumbaba. Pero, ¿por qué?

Os lo voy a explicar. En cierta manera, ésta es la parte más difícil y más delicada de mi informe. Os lo explicaré en la sección 5: la que va de 1933 a 1940.